

que nos ciegan, á nuestras pasiones que nos perturban y nos extravían, á nuestras aficiones á las criaturas que nos disipan?

¿Hemos purificado nuestra intencion, protestando á Dios que no queremos estudiar sino por obedecerle, para ponernos en estado de desempeñar bien nuestras funciones y trabajar útilmente en su Iglesia?

2. En el tiempo que estudiamos, ¿nos servimos de la práctica de san Agustín, que se mantenía prosternado interiormente á los piés de Jesucristo adorándole oculto bajo la corteza de las letras: *Jesum querens in libris?*

¿Llevamos con espíritu de penitencia el trabajo del estudio; y en las dificultades que se presentan, hacemos un ligero retorno á Dios pidiéndole su auxilio; ó cometemos la falta de no hacerlo así por no interrumpir el estudio?

3. Despues de estudiar, ¿reparamos en nuestro espíritu lo que hemos aprendido, como si de ello debiéramos dar cuenta á nuestro Señor? ¿Le agradecemos las luces que se ha dignado comunicarnos? ¿Las ofrecemos á El, suplicándole de quitárnoslas más bien que permitir servirnos de ellas jamás para otro fin que para su gloria?

En fin, para obtener la gloria de estudiar cristianamente, ¿nos ponemos en las manos de la santísima Virgen?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que me enseñais por vuestro Apóstol que la ciencia hincha y que la caridad edifica: *Scientia inflat, charitas autem edificat*, otorgadme la gracia de estudiar tan santamente y con tan cristianas disposiciones, que la ciencia que yo pueda adquirir por el estudio no me sirva sino para más amaros: *Ut imperfectum scientiæ possit supplere perfectio charitatis*. (Ex Innoc. III, l. 1, decret. 1, 10).

EXÁMEN.

Sobre la devocion al santo Rosario.

PRIMER PUNTO.

Adoremos el amor del Espíritu Santo para con la santísima Virgen, que por hacer honrar á esta su divina Esposa, ha inspirado á los fieles la devocion del Rosario y ha querido autorizarle por un gran número de milagros. Rindámosle mil gracias por esta conducta, que es tan gloriosa para la Señora, y que nos ofrece un medio tan fácil de rendirla nuestros obsequios.

SEGUNDO PUNTO.

¿Sentimos por el Rosario la estimacion que por él han tenido todos los verdaderos servidores de la santísima Virgen?

Cuando hemos leído que muchos Santos han recibido gracias particulares y áun extraordinarias por haber acostumbrado recitarle todos los días, ¿no hemos querido más bien dudar de esto que refiere la historia de su vida, que aprovecharnos de su ejemplo?

¿Hemos considerado bien que el Rosario no se compone sino del *Pater noster* y del *Ave María*, oraciones que son las más auténticas de la Iglesia, y que no sabríamos decir otras más santas y que sean más agradables á nuestro Señor y á su divina Madre?

¿Hemos aprendido la manera de recitarlo bien, y nos hemos instruido acerca de las virtudes, de los misterios y grandezas de la soberana Virgen, á los cuales debemos aplicar nuestra contemplacion para decirlo devotamente?

¿Hemos procurado unir así nuestra contemplacion mental á la oracion vocal, meditando el respectivo misterio en cuyo honor recitamos cada decena? y para que la mente no se divague, ¿hemos procurado representarnos, como si lo viésemos en un cuadro, el misterio de cada decena y tener los ojos del entendimiento fijos en este cuadro durante el rezo de toda la decena?

¿Hemos hecho esfuerzos por recoger la mente cuando advertimos las distracciones que ocurren á las almas poco devotas á la

repeticion tan frecuente de la misma oracion?

¿Hemos consignado esta práctica de devocion en nuestro reglamento diario, y no la hemos omitido muchas veces por negligencia?

¿La hemos tomado con tanta aficion que hablemos de ella en las oportunidades con estimacion, y hagamos conocer sus ventajas, á fin de excitar el anhelo de abrazarla á los demás?

¿Hemos llevado siempre el rosario sobre nuestro pecho, como señal de nuestra fidelidad y de nuestro amor á la santísima Virgen, á ejemplo de todas las personas de gran piedad?

En fin, en lugar de entrar en estas santas prácticas y en estos piadosos sentimientos por esta devocion, ¿no la hemos menospreciado como lo hacen algunos críticos que la desacreditan bajo pretexto que ella es buena, pero para el simple pueblo?

TERCER PUNTO.

Santísima Virgen, cuando pienso que la devocion del Rosario os es gloriosa; que los Soberanos Pontífices la han autorizado y rodeado de grandes indulgencias, y que Dios la ha confirmado con innumerables milagros, es de muy buena voluntad que yo tomo la resolucion de recitarlo todos los días. Mas á fin de que lo haga dignamen-

te, obtenedme la gracia de no decirlo jamás sino con las santas disposiciones con las cuales vuestro Hijo os honró durante su vida.

EXÁMEN.

De la devocion para con la santísima Vírgen.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios eligiendo á la santísima Vírgen María para ser la digna Madre del Redentor de los hombres. Démosle gracias porque la elevó sobre todos los Angeles, la colocó al lado de su trono y la asoció á los homenajes que El recibe y que puede recibir una pura criatura: *Tot creatura serviunt gloriosissimæ Virgini, quot serviunt Trinitati.* (S. Bernardino). Humillémonos ante esta adorable Trinidad, y pidámosle una sincera devocion hácia esta gloriosa Reina de las Vírgenes.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos comprendido bien la obligacion que tienen todos los fieles de ser devotos de la Vírgen nuestra Señora.

¿Estamos convencidos que en esa devocion está comprendido no solamente su interés y el nuestro, sino tambien el de Dios,

que encuentra su gloria en los honores que se rinden á su Esposa?

¿Que Dios dándonosla por Madre nos ha prescrito amarla?

¿Que constituyéndola Reina de los Angeles y de los hombres nos ha obligado á servirla? ¿Que honrándola El mismo por una infinidad de gracias singulares que derramó en Ella, ha querido que la rindamos honores del todo particulares y que no se tributan á los otros Santos?

¿Que la santísima Vírgen mereciendo por la sublime cualidad de Madre de Dios, por la eminencia de su santidad, por la extension de su dominio y por otros mil tributos, todos los homenajes que pueden tributarse á una pura criatura; rehusarla éstos seria hasta una grande injusticia?

¿Que esta Madre de misericordia favoreciendo con su amor, con su proteccion y su socorro y con todo género de gracias á los que la sirven, nosotros no podemos dispensarnos de servirla sin descuidar nuestra salud?

¿Que esta devocion, apoyada como está sobre los sentimientos de los Santos Padres y de los concilios, y sobre la práctica constante y universal de la Iglesia, y que descende desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros dias por el canal purísimo y fidelísimo de la tradicion, seria una necesidad intolerable en los particulares menos-

preciar y no adherirse á esta devocion universal?

¿Que esta misma estando confirmada por una infinidad de milagros que se han hecho y que se hacen todos los dias en todas partes en favor de aquellos que la profesan, seria una temeridad muy grande oponerse á ella y contrariarla?

¿Estamos persuadidos que no estimar esta devocion hácia la Virgen santísima es faltar á la voluntad de Dios, que en gran manera ha manifestado el deseo que tiene de verla establecida en nuestros corazones? *Quanto devotionis affectu eam voluit honorari, qui totius boni plenitudinem posuerit in Maria, ut proinde si quid spei in nobis, si quid gratiæ, ab ea noverimus redundare!* (S. Bern.).

TERCER PUNTO.

Dios mio, yo me entrego á Vos para consagrarme segun Vos deseais al servicio de aquella que habeis elegido para vuestra Esposa, y que quisisteis dárnosla por Madre. Dadme, pues, tambien, os lo suplico, un corazon de hijo para Ella, á fin de que, lleno de amor, de celo y de respeto hácia Ella, pueda marchar sobre los pasos del muy amado Discípulo, que pueda ser mirado como el más perfecto de todos sus devotos; puesto que Vos le juzgásteis digno de ocupar el lugar de Jesús cerca de Ella,

y de tributarle los deberes de un verdadero hijo. *Qui loco filii positus, ejus vicem implet, transfuso in illum filiali affectu.* (Arnoldus Carnut.).

EXÁMEN.

De las falsas devociones á la santísima Virgen.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, la misma verdad, haciéndonos conocer los falsos devotos de su santa Madre, y mostrándonos los verdaderos adoradores de su Padre celestial: *Vere adoratores adorabunt in spiritu et veritate.* El condena por estas palabras todos los géneros de falsas devociones, y declara abiertamente que no tiene por admisibles delante de Dios sino las que están marcadas con la verdad y con su espíritu: *In spiritu et veritate oportet adorare.* (Joan. iv).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si somos nosotros del número de los que no tienen sino una falsa devocion por la santísima Virgen.

1. ¿No somos acaso de aquellos críticos que en el fondo tienen algun sentimiento de devocion á esta Señora; mas ellos quieren reglarla segun su fantasía, que se muestran extraños á ciertos hono-

res que se le dan, por más que sean recibidos por la Iglesia; atribuyen á un celo indiscreto algunos elogios que los santos Padres la han dado, y no pueden sufrir que se recurra tan frecuentemente á Ella para obtener las gracias de su Hijo?

2. ¿No somos de esos devotos tímidos y escrupulosos que temen hacer agravio al honor del Hijo honrando á la Madre, y que se abaja el uno cuando se eleva la otra, como si en el sentimiento de los Santos las alabanzas que se dan á la Madre no redundaran en gloria de su Hijo?

3. ¿No somos de esos devotos presuntuosos que, bajo pretexto de pertenecer á la Cofradía del Escapulario ó del Rosario, que rezan éste todos los días, y aunque tal vez ayunan todas las semanas, continúan, no obstante, obstinados en el pecado, diferencian su penitencia, descuidan todas las demás prácticas de piedad, y se tienen como asegurados de su salud, en la esperanza de que la Virgen poderosa no permitirá que mueran sin confesion?

4. ¿No somos de esos devotos inconsistentes y ligeros, que no sirven á la Señora sino por humor y por capricho; y presto en un tiempo lo hacen todo por Ella, y ya en otro se resisten para hacerse la menor violencia?

5. ¿O bien somos de esos devotos interesados que no tienen memoria para re-

currir á la santísima Virgen sino para evitar un peligro, curar de una enfermedad, ú obtener el próspero resultado de un negocio temporal?

¿No hemos sido, por fin, desgraciadamente de esos devotos escandalosos, que desmienten con su vida desarreglada la profesion que hacen de servir á la Virgen Inmaculada, y ellos son, no obstante, un objeto de escándalo á todo el mundo, y cuya desmoralizacion autoriza á los mismos libertinos?

TERCER PUNTO.

Dios mio, bien justo es que la Virgen santísima, á quien Vos habeis favorecido con tantas gracias y con tantos títulos de honor, sea reverenciada de todos los fieles por una sincera y verdadera devocion. No permitais, oh Dios mio, que yo me desvie jamás de un deber tan legítimo; alejad de mí la desgracia de pertenecer al número de esos falsos devotos que ni complacen á María vuestra Madre y os desagradan á Vos. *Non præsumat aliquis Deum se habere propitium, qui benedictam Matrem offensam habuerit.* (Quil. Paris.).

EXAMEN.

De la devoción á los santos Angeles, y particularmente á los Angeles custodios.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios como un buen Padre que tiene fijos los ojos sobre sus hijos, y que no falta jamás á proveer á todas sus necesidades. Él sabe que tenemos en el mundo un gran número de poderosos enemigos que no piensan sino perjudicarnos y perdernos, y para nuestra defensa ha querido colocarnos bajo la protección de una infinidad de santos Angeles, y designa uno en particular á cada uno de nosotros con órden de jamás abandonarnos y de velar sin cesar sobre nuestras necesidades (1). Demos mil gracias por una providencia que los Santos no saben admirar bastante, y que la Iglesia denomina inefable.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál ha sido nuestra devoción por los santos Angeles, y en particular por nuestros Angeles de guarda, y con qué fidelidad hemos desempeñado los deberes que les debemos.

(1) Deus, qui ineffabili providentia sanctos Angelos tuos ad nostram custodiam mittere dignaris. (*Orat. in fest. SS. Ang. custod.*).

Así como ellos no nos pierden de vista, nos llevan siempre presentes, y velan continuamente sobre nosotros con bondad; ¿pensamos nosotros muchas veces en ellos, y les damos frecuentes señales de un recuerdo lleno de estimación y de afecto?

En el pensamiento de que ellos son los hijos primogénitos de Dios, los príncipes de su corte, los principales oficiales de su corona, ¿sentimos por ellos tan profundo respeto que nos mantenga en todo tiempo y en todo lugar con un santo recato y una modestia verdaderamente cristiana?

¿Hemos tenido por nuestro Angel de guarda todas las consideraciones que merece un maestro, un amigo, un padre; escuchando su consejo y su aviso en nuestras empresas, poniendo toda nuestra atención para entender bien lo que él nos dice y nos inspira, y estándole perfectamente sumisos y obedientes?

En nuestros embarazos, nuestras penas, nuestras dificultades; en nuestras languideces, nuestros disgustos y desalientos; en nuestras enfermedades, combates y tentaciones, ¿recurrimos pronto á nuestro Angel de guarda, reconociendo su poder sobre nuestros enemigos, su caridad para nosotros y su valimiento delante de Dios, cuando se clama y se le invoca con confianza?

En la convicción que ellos nos dispen-

san mil buenos oficios, y nos retribuyen con más solicitud, cuando no oponemos obstáculo y nos mostramos dispuestos á recibirlos y utilizarlos; ¿tenemos por ellos una sincera gratitud que se manifieste con mortificaciones, oraciones, limosnas y con otras diversas prácticas de piedad ofrecidas en su honor á Dios?

Como la mejor devocion á los Santos consiste en el ejercicio de las virtudes que en ellos más resplandecieron, ¿hemos nosotros cuidado mucho de imitar á los Angeles en su fidelidad en combatir al demonio, en corresponder á la gracia, en cumplir las órdenes de Dios, en una palabra, en llevar una vida toda pura, toda santa y toda divina?

En fin, ¿nuestra devocion para con los santos Angeles nos ha hecho abrazar (á ejemplo de muchas personas de piedad) la santa práctica de ofrecer siempre algun obsequio á los Angeles guardianes de los lugares donde residimos, ó de las personas con quienes tenemos que tratar algun negocio, persuadidos que este es un excelente medio, para hacer la voluntad de Dios y para procurar su gloria?

TERCER PUNTO.

Dios mio, yo no soy más que polvo y ceniza, podredumbre y corrupcion; y no obstante Vos me dais uno de vuestros An-

geles para que me guie, me acompañe, me proteja y me conduzca al dichoso término á que me habeis destinado. ¿Qué podria hacer yo, oh Bondad soberana, para reconocer un favor tan grande? Ved aquí la resolucion que tomo mediante vuestra gracia: publicar altamente vuestras misericordias, guardar con cuidado los buenos pensamientos que me inspire mi Angel custodio, escuchar siempre su voz como la vuestra, y (á ejemplo de uno de vuestros grandes servidores) tener para él un profundo respeto, una entera confianza y una verdadera devocion: *Reverentiam pro presentia, fiduciam pro custodia, devotionem pro benevolentia.* (San Bern.).

ACERCA DE LA COMIDA.

PRIMER EXÁMEN.

De la manera cristiana con que se debe tomar el alimento.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor dándonos por su Apóstol esta bella instruccion: «Sea que comais, sea que bebais, sea que hagais cualquiera otra cosa, hacedlo por la gloria de Dios:» *Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite.* (I Cor. x). El nos recomienda eje-